

DESPRENDIMIENTO

1. Necesidad de estar desprendidos de las cosas para seguir a Cristo.
2. Poco valor tienen las cosas que pasan con el tiempo.
3. El verdadero tesoro está en el cielo.
4. «No bajan con el rico al sepulcro sus riquezas».
5. Administradores y no dueños.
6. No toda pobreza es santa y toda riqueza mala.
7. La pobreza y «la pobreza de espíritu».
8. Consecuencias y detalles prácticos de desprendimiento
9. «Tirar lo que estorba».
10. No crearse necesidades. Cosas superfluas.
11. Desprendimiento de nosotros mismos.
12. Desprendimiento de la salud corporal.
13. «Una noche en mala posada».
14. Desprendimiento y señorío del cristiano.
15. Los sacerdotes y el uso de los bienes temporales.

1. Necesidad de estar desprendidos de las cosas para seguir a Cristo

La cama es estrecha, y uno de los dos se cae; manta pequeña no cubre a dos (Is 28, 20); donde al corazón del hombre se lo compara con una cama estrecha y una manta pequeña. Ya es estrecho el corazón humano para Dios solo; si además das en él entrada a otras cosas, arrojas a Dios (SANTO TOMAS, Sobre la caridad, 1. c., 214).

Quien a Dios busca queriendo continuar con sus gustos, lo busca de noche; y, de noche, no lo encontrará (SAN JUAN DE LA CRUZ, Cántico espiritual, 3, 3).

Vengamos ahora al desasimiento que hemos de tener, que en esto está el todo; si va con perfección digo que aquí está el todo; porque abrazándonos con sólo el Criador y no se nos dando nada por todo lo criado, Su Majestad infunde las virtudes, de manera que, trabajando nosotras poco a poco lo que es en nosotras, no tenemos mucho mas que pelear, porque el Señor toma la mano contra los demonios y contra todo el mundo en nuestra defensa (SANTA TERESA, Camino de perfección, 8, 1).

Paréceme que querría concertar estos dos contrarios -tan enemigos uno del otro- como es vida espiritual y apegamientos, gustos y pasatiempos sensuales. (SANTA TERESA, Vida, 7, 17).

2. Poco valor tienen las cosas que pasan con el tiempo

Aunque todo lo tenga nada le llena. Y cuantas mas cosas tiene, está menos satisfecho. La satisfacción del corazón no está en tener cosas, sino en estar desnudo de todo y en la pobreza de espíritu (SAN JUAN DE LA CRUZ, Cántico espiritual, 1, 14).

Considerad bien que poco valor tienen las cosas que pasan con el tiempo. El fin que tienen todas las cosas temporales nos manifiesta cuán poco vale lo que ha podido pasar [...]. Fijad vuestro amor en el amor de las cosas que perduran (SAN GREGORIO MAGNO, Hom. 14 sobre los Evang.).

¡Oh miserable mundo! Alabad mucho a Dios, hijas, que habéis dejado cosa tan ruin, en donde no hacen caso de lo que ellos en sí tienen, sino de lo que tienen sus renteros y vasallos; y si ellos faltan, luego cesa el mundo de hacerles honra. Cosa donosa es esta para que os holguéis todas cuando hayáis de tomar alguna recreación, que este es buen pasatiempo entender cuán ciegamente pasan su tiempo los mundanos (SANTA TERESA, Camino de perfección, 22, 5).

No os doy yo mandatos como Pedro y Pablo. Ellos eran apóstoles, yo no soy más que un condenado a muerte [...]. Pero si logro sufrir el martirio, entonces seré liberto de Jesucristo y resucitaré libre con él. Ahora, en medio de mis cadenas, es cuando aprendo a no desear nada (SAN IGNACIO DE ANTIOQUIA, Carta a los Romanos, 3, I ss.).

(Quien ama a Dios) nada se le da perderlo todo si lo tiene por pérdida; sólo teme descontentar a su Dios (SANTA TERESA, Camino de perfección, 10, 3).

3. El verdadero tesoro está en el cielo

Y tened en muy poco lo que habéis dado, pues tanto habéis de recibir (SANTA TERESA, Camino de perfección, 33, 2).

¡Que necesidad tan grande es amontonar donde se ha de dejar, y no enviar allí donde se ha de ir! Coloca tus riquezas donde tienes tu patria (SAN JUAN CRISÓSTOMO en Catena Aurea, vol. 1, p. 386).

Tus riquezas tendrás que dejarlas aquí, lo quieras o no; por el contrario, la gloria que hayas adquirido con tus buenas obras la

llevarás hasta el Señor (SAN BASILIO MAGNO, Hom. sobre la caridad, 3, 6).

No debemos poner nuestro tesoro en lo que puede pasar, sino en lo que permanece para siempre (SAN AGUSTIN, Sobre el Sermón de la Montaña, 2).

Los hombres pierden todo lo que dejan en este mundo; tan solo se llevan consigo el premio de su caridad y las limosnas que practicaron, por las cuales recibirán del Señor la recompensa y una digna remuneración (SAN FRANCISCO DE ASÍS, Opúsculos, 1. c., 87-94).

Ninguna cosa fomenta más el deseo de pobreza que creer y esperar en el Señor (TEÓFILO, en Catena Aurea, vol. VI, p. 268).

Tengamos las cosas temporales para uso, las eternas en el deseo; sírvannos las cosas terrenas para el camino, y deseemos las eternas para el fin de la jornada. Miremos como con indiferencia todo lo que se hace en este mundo. Miren adelante los ojos del alma, fijándose con toda su fuerza en aquello a que nos dirigimos (SAN GREGORIO MAGNO, Hom. 36 sobre los Evang.).

4. «No bajan con el rico al sepulcro sus riquezas»

¡Tanta afición a las cosas de la tierra! -Pronto se te irán de las manos, que no bajan con el rico al sepulcro sus riquezas (SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, Camino, n. 634).

Hemos sido colocados en la vida como huéspedes y forasteros llevados a donde no queremos ir y cuando no pensamos: el que ahora es rico, en breve será pobre. Así, seas quien fueres, has de saber que eres sólo administrador de bienes ajenos, y que se te ha dado de ellos uso transitorio y derecho muy breve. Lejos, pues, de nosotros el orgullo de la dominación, y abracemos la humildad y la modestia del arrendatario o casero (SAN JUAN CRISÓSTOMO, en Catena Aurea, vol. VI, p. 225).

5. Administradores y no dueños

Si queréis, aún reteniéndolo, dejáis lo que tenéis, siempre que administréis lo temporal de modo que aspiréis con toda vuestra alma hacia lo eterno (SAN GREGORIO MAGNO, Hom. 36 sobre los Evang.).

Posee, pero como si no poseyera, el que reúne todo lo necesario para su uso, pero prevé cautamente que presto lo ha de dejar. Usa de este mundo como si no usara, el que dispone de lo

necesario para vivir, pero no dejando que domine a su corazón, para que todo ello sirva, pero nunca desvíe la marcha del alma que tiende a cosas más altas. Los que son así no tienen las cosas terrenas para satisfacer sus deseos, sino para su uso [...]. Y aún [...] se alegran más con las buenas obras que con las buenas posesiones (SAN GREGORIO MAGNO, Hom. 36 sobre los Evang.).

Nada puede considerarse como propio donde nada hay constante, ni abundancia cierta donde es incierto el futuro (SAN AMBROSIO, en Catena Aurea, vol. VI, p. 88).

Así como se corrompen las aguas detenidas de una fuente, así sucede a los ricos cuando guardan para sí sus riquezas (SAN JUAN CRISÓSTOMO, en Catena Aurea, vol. VI, p. 97).

Parécenos que lo damos todo; y es que ofrecemos a Dios la renta o los frutos y quedámonos con la raíz y posesión (SANTA TERESA, Vida, 11, 1).

(Hemos de tener los bienes) con la templanza de quien los usa, no con el afán de quien pone en ellos el corazón (SAN AGUSTIN, Sobre las costumbres de la Iglesia, 1).

6. No toda pobreza es santa y toda riqueza mala

Tengamos, pues, este cuidado apacible de conservar y aún de aumentar nuestros bienes temporales, cuando haya oportunidad justa y según lo requiera nuestra condición, pues así quiere Dios que lo hagamos por amor suyo. Pero vive alerta para que no te engañe el amor propio, que sabe muchas veces fingirse amor de Dios con tal destreza que cualquiera le tendrá por tal. Para evitar, pues, este engaño, y no dar lugar a que el cuidado de los bienes temporales degeneren en avaricia, es necesario [...] practicad muchas veces la pobreza afectiva y efectiva, en medio de los bienes y riquezas que Dios nos ha dado (SAN FRANCISCO DE SALES, Introd. a la vida devota, III, 1S).

No cabe lugar a dudas de que los pobres alcanzan más fácilmente este bien que los ricos, porque a aquéllos la pobreza les inclina más a la bondad, y a éstos la riqueza les conduce a la arrogancia. Y no obstante, muchos ricos poseen este espíritu, pues ponen la abundancia al servicio no de su prestigio sino de las obras de beneficencia. Para ellos, la mayor ganancia está en lo que emplean para aliviar la miseria y los trabajos del prójimo. Y es que el desprendimiento de los bienes y la pureza de corazón se puede encontrar en personas de todos los niveles económicos (SAN LEON MAGNO, Sermón 95).

Cuando dijo que los ricos apenas podrán salvarse, advierte que ni todos los ricos se condenarán, ni todos los pobres se salvarán (TEÓFILO, en Catena Aurea, vol. VI, p. 289).

Porque la pobreza no condujo a Lázaro al cielo, sino la humildad, y las riquezas no impidieron al rico entrar en el gran descanso, sino su egoísmo e infidelidad. (SAN AGUSTIN, Sermón 24).

Vended lo que poseéis y dad limosna [...] Este precepto no debe entenderse en el sentido de que los santos no puedan reservarse dinero alguno (ni para su uso ni para los pobres), siendo así que el mismo Dios, a quien servían los ángeles, tenía una bolsa en la que conservaba lo que le daban los fieles; sino en el sentido de que no debe servirse a Dios por estas cosas, ni abandonar la justicia por temor de la pobreza (SAN BEDA, en Catena Aurea, vol. VI, pp. 97-98).

Aprended a ser pobres y necesitados, lo mismo si poseéis algo en este mundo que si no poseéis nada. Porque se encuentran mendigos repletos de orgullo y ricos que confiesan sus pecados. Dios resiste a los orgullosos, lo mismo si están cubiertos de sedas que de harapos, pero concede su gracia a los humildes, posean o no bienes de este mundo (SAN AGUSTÍN, Coment. sobre el salmo 85).

[...] yo no alabo simplemente la pobreza, sino la sufrida con paciencia por amor de Cristo nuestro Señor, y mucho más la deseada, procurada y abrazada por amor (SAN PEDRO DE ALCÁNTARA, Carta a Santa Teresa, 14-IV-1562).

Acontece de cuando en cuando que un hombre tiene repleta la casa, tierras fértiles, muchas posesiones, mucho oro y plata, pero sabe que no debe apoyarse en eso y, por tanto, se humilla ante Dios, y hace bien de esos bienes; su corazón de tal modo se levanta hacia Dios, que conoce que no sólo no le aprovechan en nada estas riquezas, sino que le trabarían los pies si el Señor no le gobierna y ayuda. Pues bien, éste se encuentra entre los pobres... Por el contrario, tropieza con un pobre mendigo engreído, o no engreído porque no tiene nada pero que busca como engreírse; Dios no atiende a los haberes, sino a la codicia, y le juzga conforme al deseo por el que anhelaba lo temporal, no conforme a los bienes que no llegó a conseguir (SAN AGUSTIN, Coment. sobre el Salmo 131).

El don de esta pobreza se da, pues, en toda clase de hombres y en todas las condiciones en las que el hombre puede vivir, pues pueden ser iguales por el deseo incluso aquellos que por la fortuna son desiguales, y poco importan las diferencias en los bienes terrenos

si hay igualdad en las riquezas del espíritu. Bienaventurada es, pues, aquella pobreza que no se siente cautivada por el amor de bienes terrenos, ni pone su ambición en acrecentar las riquezas de este mundo, sino que desea más bien los bienes del cielo (SAN LEÓN MAGNO, Sermón sobre las bienaventuranzas, 95).

7. La pobreza y «la pobreza de espíritu»

De nada nos serviría vivir sin un céntimo si acariciamos el deseo de poseerlo (CASIANO, Instituciones, 7).

¿Cómo explicar tamaña ridiculez? Los hay que al abandonar la milicia del mundo dejaron todo su patrimonio con fortunas considerables [...]. Luego, decaído el fervor incipiente de su renuncia, se aficionan con pasión a las cosas más baladíes [...]. Tal es el afecto que cobran por estas cosas, que sobrepuja al cuidado que tuvieron antes por sus riquezas en el mundo. Poco les aprovechará haber despreciado tantos bienes y posesiones, puesto que el amor que tuvieron a ellos, y que les movió a despreciarlos, lo han puesto ahora en estas naderías (CASIANO, Colaciones, 4).

Es evidente que se puede ser avaro sin tener dinero (CASIANO, Instituciones, 8, 12).

Dichosos los pobres de espíritu –dice– porque de ellos es el reino de los cielos. A qué pobres se refiere la Verdad, tal vez quedaría confuso si dijera sólo: Dichosos los pobres, sin añadir de qué clase de pobreza se trataba; a muchos, en efecto, se les podría ocurrir que era sólo cuestión de aquella indigencia material que muchos padecen por necesidad, y que ella era suficiente para merecer el reino de los cielos. Pero al decir: Dichosos los pobres de espíritu, el Señor manifiesta que el reino de los cielos pertenece a aquellos que son pobres más por la humildad de su espíritu que por la carencia de fortuna (SAN LEÓN MAGNO, Sermón sobre las bienaventuranzas, 95).

No consiste la verdadera pobreza en no tener, sino en estar desprendido: en renunciar voluntariamente al dominio sobre las cosas. –Por eso hay pobres que realmente son ricos. Y al revés (S. JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, Camino, n. 632).

Si, habiendo transcurrido tu vida en la pobreza, no tuviste nada que abandonar, con mayor razón no debes procurarte ahora lo que jamás pudiste poseer. Esta pobreza has de atribuirle a un singular beneficio del Señor: ha querido prepararte para que le siguieras con paso firme, libre de los embarazos con que intercepta el camino la riqueza (CASIANO, Instituciones, 7, 27).

Hemos dejado bienes de gran valor con el fin de hallarnos mejor dispuestos para despreciar los objetos de poca importancia. ¿En qué consiste la diferencia de apasionarse por magnificas riquezas o por simples nimiedades, sino en que es más reprehensible hacerse esclavo de cosas mínimas cuando se han menospreciado las grandes? Concluyamos diciendo que la perfección del corazón no es patrimonio de aquellos que comprenden así la renuncia, porque, aunque han abrazado la profesión de pobres, sus almas conservan el afecto propio de los ricos (CASIANO, Colaciones, 4).

No hay quien no tenga algo que dejar. Sólo ha renunciado a los bienes de este mundo aquél que ha erradicado el deseo de poseerlos (CASIANO, Instituciones, 7).

Todos los que aman las riquezas, aún cuando no puedan conseguirlas, deben contar en el numero de los ricos (SAN AGUSTIN, en Catena Aurea, vol. VI, p. 316).

Mas no puedo decir lo que se siente cuando el Señor la da a entender secretos y grandezas tuyas, el deleite tan sobre cuantos acá se pueden entender, que bien con razón hace aborrecer los deleites de la vida, que son basura todos juntos. Es asco traerlos a ninguna comparación aquí -aunque sea para gozarlos sin fin- y de estos que da el Señor, sola una gota de agua del gran río caudaloso que nos está aparejado (SANTA TERESA, Vida, 27, 12).

8. Consecuencias y detalles prácticos de desprendimiento

Del mismo modo que al decir que las aves del cielo no siembran no reprobó el que se sembrara sino el excesivo cuidado, así, cuando dice no trabajan ni hilan, no condena el trabajo, sino el excesivo celo en él (SAN JUAN CRISÓSTOMO, en Catena Aurea, vol. VI, p. 90).

Siguiendo a Jesús pobre, no se abaten por la escasez, ni se ensoberbecen con la riqueza (Conc. VAT. II, Decr. Apostolicam actuositatem, 4).

Si tú deseas alcanzar ese espíritu, te aconsejo que contigo seas parco, y muy generoso con los demás; evita los gastos superfluos por lujo, por veleidad, por vanidad, por comodidad...; no te crees necesidades. (S. JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, Amigos de Dios, 123).

El verdadero desprendimiento lleva a ser muy generosos con Dios y con nuestros hermanos; a moverse, a buscar recursos, a gastarse para ayudar a quienes pasan necesidad. No puede un cristiano conformarse con un trabajo que le permita ganar lo

suficiente para vivir él y los suyos: su grandeza de corazón le impulsará a arrimar el hombro para sostener a los demás (SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, Amigos de Dios, 126).

9. «Tirar lo que estorba»

Aunque estoy bien convencido, mi querida Margarita, de que la maldad de mi vida pasada es tal que merecería que Dios me abandonase del todo, ni por un momento dejaré de confiar en su inmensa bondad. Hasta ahora, su gracia santísima me ha dado fuerzas para postergarlo todo: las riquezas, las ganancias y la misma vida, antes de prestar juramento en contra de mi conciencia (SANTO TOMÁS MORO, Carta escrita en la cárcel a su hija Margarita).

Aquel hombre, arrojando su capa, al instante se puso en pie y vino a él (Mc 10, 50) ¡Tirando su capa! No sé si tú habrás estado en la guerra. Hace ya muchos años, yo pude pisar alguna vez el campo de batalla, después de algunas horas de haber acabado la pelea; y allí había, abandonados por el suelo, mantas, cantimploras y macutos llenos de recuerdos de familia: cartas, fotografías de personas amadas... ¡Y no eran de los derrotados; eran de los victoriosos! Aquello, todo aquello les sobraba, para correr más aprisa y saltar el parapeto enemigo. Como a Bartimeo, para correr detrás de Cristo. No olvides que, para llegar hasta Cristo, se precisa el sacrificio; tirar todo lo que estorbe: manta, macuto, cantimplora (SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, Amigos de Dios, 196).

Y el alma sale para ir detrás de Dios: sale de todo pisoteando y despreciando todo lo que no es Dios. Y sale de sí misma olvidándose de sí por amor de Dios (SAN JUAN DE LA CRUZ, Cántico espiritual, 1, 20).

10. No crearse necesidades. Cosas superfluas

El hombre busca las cosas para satisfacer una necesidad, y cuando las tiene en abundancia empieza a llenarse de soberbia por ellas; es lo mismo que si alguno, estando herido, se jacta de tener en su casa muchas medicinas, como si no fuera mejor que no necesitase de ellas, si no estuviese herido (SAN AGUSTIN, Cuestiones sobre el Evangelio, 2, 29).

El espíritu de penitencia y su práctica nos conducen a desprendernos sinceramente de todo lo que poseemos de superfluo, y a veces incluso de lo necesario, que nos impide «ser» verdaderamente lo que Dios quiere que seamos (JUAN PABLO II, Alloc., 20-II-1980).

Es propio de todos aquellos que nada esperan de la otra vida, ni temen los juicios de Dios, el andar solícitos por las cosas superfluas (SAN GREGORIO DE NISA, en Catena Aurea, vol. VI, p. 94).

NO hay que buscar lo superfluo, ni mimar el cuerpo más de lo que sea necesario para que sirva al alma (SAN BASILIO, Discurso a los jóvenes).

Los que pasan la frontera de lo necesario, a semejanza de los que se deslizan por una pendiente, al no tener nada firme en qué apoyarse, con nada pueden contener el peso hacia adelante (SAN BASILIO, Discurso a los jóvenes).

Lo superfluo de los ricos es lo necesario de los pobres. Se poseen cosas ajenas cuando se poseen cosas superfluas (SAN AGUSTIN, Coment. sobre el Salmo 147).

11. Desprendimiento de nosotros mismos

¿Cómo podrá enemistarse con su hermano quien no reivindica nada como propio? De este modo corta la raíz primera de los conflictos, que nacen habitualmente de pequeñeces (CASIANO, Colaciones, 16).

[...] convenceos de que si de veras deseamos seguir de cerca al Señor y prestar un servicio auténtico a Dios y a la humanidad entera, hemos de estar seriamente desprendidos de nosotros mismos: de los dones de la inteligencia, de la salud, de la honra, de las ambiciones nobles, de los triunfos, de los éxitos. Me refiero también [...] a esas ilusiones limpias, con las que buscamos exclusivamente dar toda la gloria a Dios y alabarle, ajustando nuestra voluntad a esta norma clara y precisa: Señor, quiero esto o aquello sólo si a Ti te agrada, porque si no, a mi, ¿para qué me interesa? Aestamos así un golpe mortal al egoísmo y a la vanidad, que serpear en todas las conciencias; de paso que alcanzamos la verdadera paz en nuestras almas, con un desasimiento que acaba en la posesión de Dios, cada vez más íntima y más intensa (SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, Amigos de Dios, 114).

12. Desprendimiento de la salud corporal

Al ser, pues, nocivo para el cuerpo el demasiado cuidado y un obstáculo para su alma, es una locura manifiesta servirle y mostrarse sumiso a él (SAN BASILIO, Discurso a los jóvenes).

Consideraba lo mucho que importa no mirar nuestra flaca disposición cuando entendemos se sirve al Señor, por contradicción

que se nos ponga delante, pues es poderoso de hacer de los flacos fuertes y de los enfermos sanos. Y cuando esto no hiciere, será lo mejor padecer para nuestra alma, y puestos los ojos en su honra y gloria, olvidarnos a nosotros. ¿Para qué es la vida y la salud, sino para perderla por tan gran Rey y Señor? Creedme, hermanas, que jamás os irá mal en ir por aquí (SANTA TERESA, Fundaciones, 28, 18).

Lo primero que hemos de procurar es quitar de nosotros el amor de este cuerpo, que somos algunas de nuestro natural tan regaladas, que no hay poco que hacer aquí, y tan amigas de nuestra salud, que es cosa para alabar a Dios la guerra que da (SANTA TERESA, Camino de perfección, 10, 5).

Dentro de este marco del desprendimiento total que el Señor nos pide, os señalaré otro punto de particular importancia: la salud (SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, Amigos de Dios, 124).

13. «Una noche en mala posada»

En la vida presente estamos como en un camino por el que vamos a nuestra patria (SAN GREGORIO MAGNO, Hom. 11 sobre los Evang.).

No tienes aquí ciudad permanente. Dondequiera que estuvieres serás extranjero y peregrino; jamás tendrás reposo si no te unes íntimamente a Cristo (Imitación de Cristo, II, 1, 6).

No nos seduzca ninguna prosperidad halagüeña, porque es un viajero necio el que se para en el camino a contemplar los paisajes amenos y se olvida del punto al que se dirige (SAN GREGORIO MAGNO, Hom. 14 sobre los Evang.).

Que no queramos regalos, hijas; bien estamos aquí, todo es una noche en mala posada (SANTA TERESA, Camino de perfección, 40, 9).

Que los falsos placeres de la vida presente no impidan el empuje de aquellos que están en marcha por el camino de la verdad, y que los fieles se consideren como viajeros en el itinerario que siguen hacia su patria; que comprendan que en el uso de los bienes temporales, si a veces hay algunos que les agradan, no deben apegarse bajamente, sino continuar valientemente la marcha (SAN LEÓN MAGNO, Sermón 72, sobre la Ascensión del Señor).

De nada me servirían los placeres terrenales ni los reinos de este mundo. Prefiero morir en Cristo Jesús que reinar en los confines

de la tierra. Todo mi deseo y mi voluntad están puestos en Aquel que por nosotros murió y resucitó. Se acerca ya el momento de mi nacimiento a la vida eterna (SAN IGNACIO DE ANTIOQUÍA, Carta a los Romanos, 6, 1 ss.).

14. Desprendimiento y señorío del cristiano

Es un bien que todos los bienes del mundo encierra en sí; es un señorío grande, digo que es señorear todos los bienes de él a quien no se le da nada de ellos (SANTA TERESA, Camino de perfección, 2, 5).

La honra de los pobres es ser muy verdaderamente pobre (SANTA TERESA, Camino de perfección, 2, 5).

Quien es esclavo de las riquezas, las guarda como esclavo; pero el que sacude el yugo de su esclavitud, las distribuye como señor (SAN JERÓNIMO, en Catena Aurea, vol. 1, p. 392).

Aquel que se ha separado de todo, ha renunciado incluso a hacer cálculos sobre las cosas que tiene o no tiene, cuando se trata de salir al encuentro de las necesidades del prójimo. Es perfectamente libre, porque es totalmente pobre. Y precisamente en una pobreza tal, en la que caen los límites puestos por la prudencia de la carne, es donde la potencia de Dios puede manifestarse también en la libre gratuidad del milagro (JUAN PABLO II, Hom. Turín, 13-IV-1980).

Debes ir vestido de acuerdo con el tono de tu condición, de tu ambiente, de tu familia, de tu trabajo..., como tus compañeros, pero por Dios, con el afán de dar una imagen auténtica y atractiva de la verdadera vida cristiana. Con naturalidad, sin extravagancias: os aseguro que es mejor que pequéis por carta de más que por carta de menos. Tú, ¿cómo imaginas el porte de Nuestro Señor?, ¿no has pensado con qué dignidad llevaría aquella túnica inconsútil, que probablemente habrían tejido las manos de Santa María? (SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, Amigos de Dios, 122).

15. Los sacerdotes y el uso de los bienes temporales

Usando, pues, del mundo como si no lo usaran, llegarán a aquella libertad por la que, libres de todo cuidado desordenado, se tornen dóciles para oír la voz de Dios en la vida cotidiana. De esta libertad y docilidad nace la discreción espiritual, por la que se halla la recta actitud ante el mundo y los bienes terrenos. Esta actitud es de gran importancia para los presbíteros, pues la misión de la Iglesia se cumple en medio del mundo, y los bienes creados son absolutamente

necesarios para el provecho personal del hombre. Den, pues, gracias por todo lo que el Padre celestial les da para pasar rectamente la vida. Es menester, sin embargo, que discernan a la luz de la fe todo lo que les ocurriere, a fin de orientarse al recto uso de los bienes que responda a la voluntad de Dios y rechazar cuanto dañare a su misión (CONC. VAT. II, Decr. Prebysterorum Ordinis, 17).

[...] tal misión (sacerdotal) sólo podrá llevarse a cabo si el sacerdote -consagrado por el Espíritu- sabe estar entre los hombres (pro hominibus constitutus) y, al mismo tiempo, separado de ellos (ex hominibus assumptus): cfr. Heb 5, 1; si vive con los hombres, si comprende sus problemas, apreciará sus valores, pero al mismo tiempo en nombre de otra cosa, dará testimonio y enseñará otros valores, otros horizontes del alma, otra esperanza (A. DEL PORTILLO, Escritos sobre el sacerdocio, p. 59).